

NOTICIA BIOGRAFICA

DEL LICENCIADO

D. Francisco Abreu y García



José de las Casas Pérez

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA
BIBLIOTECA

A

IV-18

Sta. Cruz de la Palma

Imp. DIARIO DE AVISOS

1912

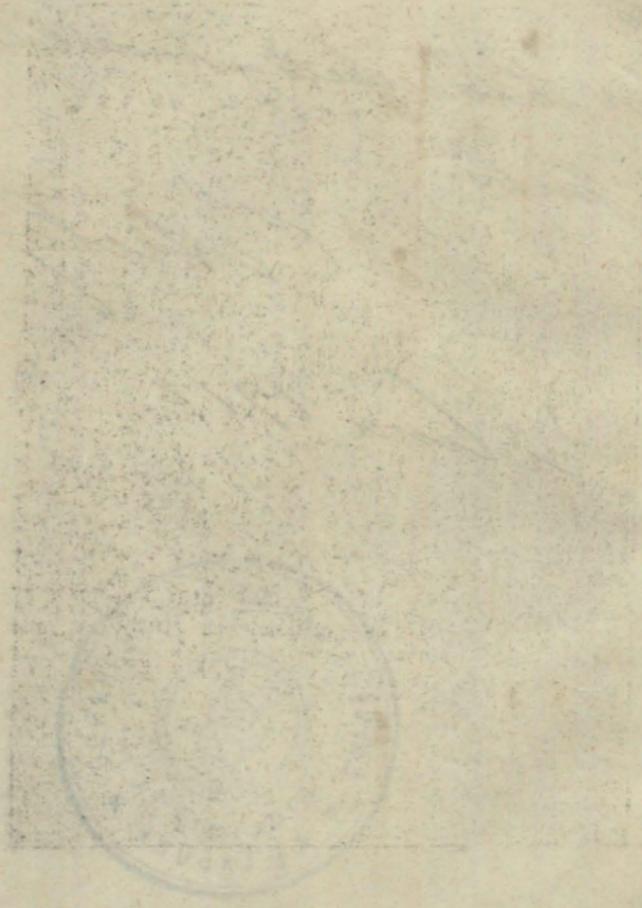
Hon. Adolfo Cabrera
Pinto.

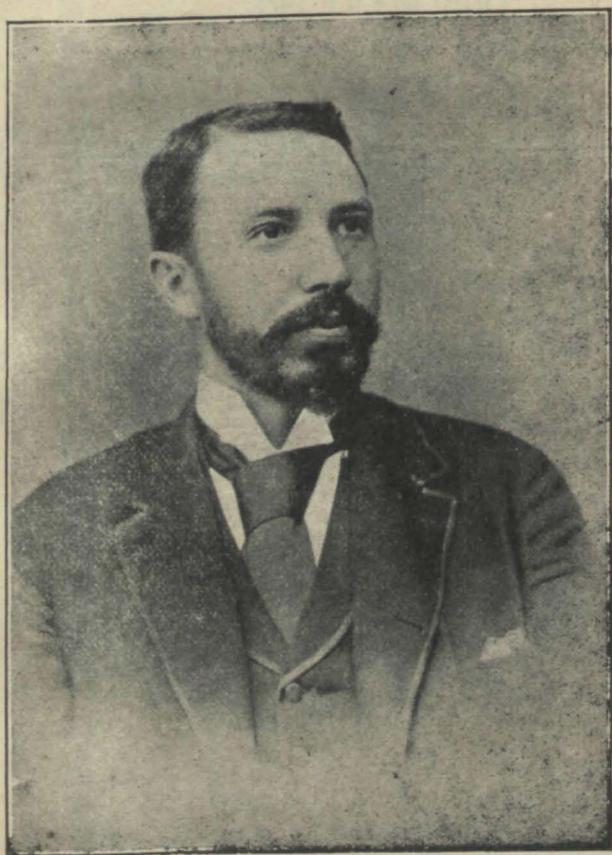
Con todo respeto y humildad se
distingue

El Sr. Pinto.

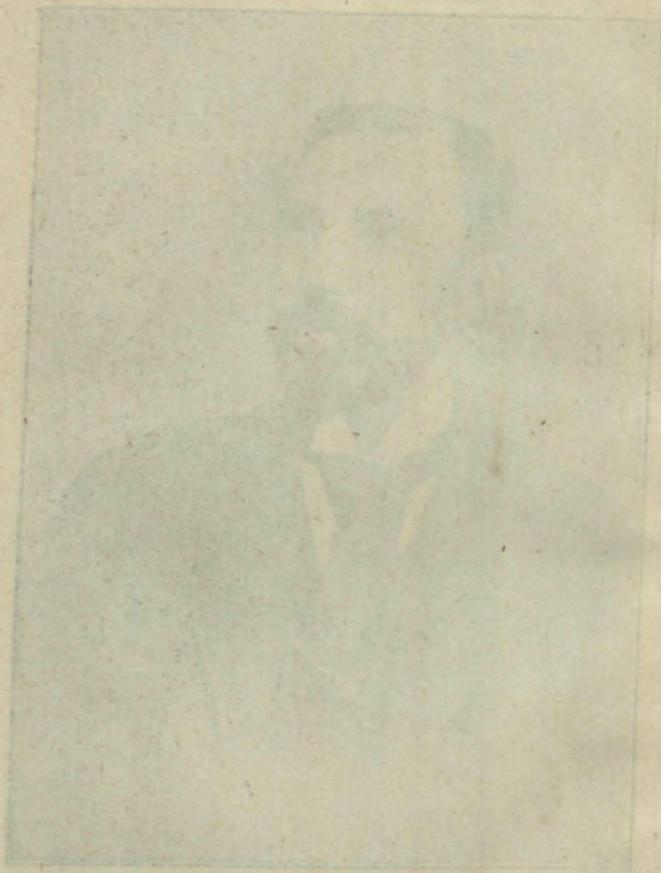
Palma 1912.







Don Francisco Abreu y García



Don Francisco Pérez y García

2.108
92 Abri. Gar.

92. Abreu y Garcia, Francisco

Noticia biográfica

DEL LICENCIADO

D. Francisco Abreu y García



JOSÉ DE LAS CASAS PÉREZ

Imp. "Diario de Avisos"

SANTA CRUZ DE LA PALMA

1912

6604767290

Noticia biográfica

DEL LICENCIADO

D. Francisco Bóveda y García

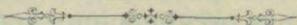
JOSE DE LAS CASAS PÉREZ

SANTA CRUZ DE LA PALMA

1912



Noticia biográfica



Al alborear el día 5 de Abril del año 1861, nació en esta pintoresca población de Santa Cruz de la Palma, patria de ilustres varones, Don Francisco Abreu y García.

Hijo de padres bien acomodados, disfrutó todo género de atenciones, teniendo por recomendación, al abrir los ojos a la luz, el prestigio respetable de un apellido honrado.

Médicos insignes, jurisconsultos distinguidos, aristócratas caritativos constituían el tronco y la rama de su pomposo árbol genealógico, por donde circulaba mezclada, confundida con la savia del linaje, la savia vivificadora de la inteligencia y el saber...

Entre este puro ambiente familiar Don Francisco Abreu recibió de pequeño educación esmeradísima. Su padre murió a poco de él nacer. Pero su abuelo el correcto caballero y pundonoroso militar Don Francisco García Pérez, le envió desde los primeros años a la escuela, donde comenzó a revelarse la viveza, la rápida percepción, la clara inteligencia del Sr. Abreu.

¿Quién pensaría entonces que el pequeñuelo travieso, locuaz, inteligente y discreto, en cuyas guedejas negras jugueteaban los dedos marfileños de una madre cariñosa, estaba predestinado a ser el hombre sin tacha, laborioso y honrado, que en su tiempo disfrutó de más grandes y merecidas simpatías?... ¿Por qué espíritu clarividente atravesaría en aquellos tiempos la visión conso-

ladora del porvenir risueño que se dibujaba a lo lejos, convidando al niño a penetrar con paso incierto en los dinteles de la vida?.... ¿Qué misterioso faro señaló con luz apocalíptica, entre el revuelto oleaje del mundo, el dichoso camino sembrado de flores que debía tomar para echar los cimientos de su futura grandeza?... ¡Misterio, misterio!... Es la única palabra que viene á la pluma como contestación a esa pregunta impenetrable que asalta la mente del observador al contemplar un niño: ¿Cuál será su suerte?... ¡Misterio, misterio!... A un lado le sonríe seductora, irresistible, como queriendo subyugar el alma, la imagen fatídica del vicio, que en forma de mujer hermosa brinda la miel de sus variados cálices a la codicia infantil; a otro lado está la imagen de la virtud, medio ángel y medio mujer, envuelta modestamente en la limpia túnica del bien, ofreciendo la pureza de sus senos maternos como bálsamo inacabable de consuelo.... Aquélla, señala una ruta donde brilla el colorido de policromas flores; ésta, un ligero camino que ondulando como inacabable cinta de plata se pierde en el confín luminoso del cielo.... Sí, aparentemente el vicio parece ofrecer más goces que la virtud. Aquí estriba el primer heroísmo de la vida de D. Francisco, igual al heroísmo de todos aquellos que saben poner freno a sus pasiones, mordaza a malos instintos para, despreciando las falsas sonrisas de la prostituta del mal, arrojar en los torneados brazos de la imagen del bien, que fué siempre su divisa.

¡Cuántas veces más tarde, el popular facultativo, al ser instigado, aconsejado a penetrar en umbrales despreciables, recordaría este primer arrojó, esta primera decisión de su niñez!...

¿Porqué pasarás bendita edad infantil, deshojando el capullo de la inocencia?... ¡Ley cruel e inflexible la del tiempo que extingue los sentimientos angélicos del corazón!... ¡Dichosos los que como él mueren encerrando en cuerpo de hombre alma de niño!...

No sigamos, para no aumentar nuestro dolor contemplando su niñez. Pero ya que es fuerza, ya que lo exige así el encadenamiento lógico de estas pobres ideas, penetremos con él en el campo dorado de la juventud.

Donosas ilusiones, quiméricos ensueños, amargas inolvidables del primer amor... ¿No constituye esto algo inseparable de la juventud? ¿Qué joven—excepto los que han sido criados en ambiente de indiferencia y excepticismo—no ha gustado del amor, no ha saboreado las ilusiones y los ensueños?... Don Francisco los acarició como todos o casi todos.

¡Juventud!... En esa edad la sangre circula libremente por las venas, porque el hombre ve su ser dilatándose en horizontes infinitos; el alma siente la alegría de vivir, porque puede abrazar las grandes causas y lo porvenir que es su anhelo...

Compañeros inseparables de sus buenos años me han referido detalles de la juventud de Don Francisco Abreu.

Antes de transcribirlos conviene hacer una aclaración. La juventud palmera de los años 69, 70, 71... no se asemejaba en nada a la juventud palmera de hoy. Nosotros, los jóvenes de hoy, somos desconocidos é inútiles; no pensamos en el pasado ni el porvenir de la patria. Hundidos todos en un aplanamiento infame, separados unos de otros por quisquillas repugnantes y envidias despreciables, no hemos tenido ni la gallardía de asociarnos en un Centro de cultura para hacernos respetables y fuertes; creemos que nuestra gran misión está cumplida sonriendo picarezcós a la pálida provinciana que oculta pudorosa su faz tras los cristales o estudiando como loros las cuatro páginas del librito de texto....

Los jóvenes de ayer fueron otra cosa. Y no guía mi pluma la frase conocida del poeta—"cualquier tiempo pa-

sado fué mejor"—sino la realidad indubitable de los hechos. Los jóvenes de ayer, es decir, la juventud en que militó el Sr. Abreu, que es la que nos interesa, fundó una sociedad culta, simpática, que celebró el primer Certamen literario-provincial en Canarias. Aludo a la sociedad *La Unión*. *La Unión* inauguró en la Palma la primera biblioteca pública, abriendo ancho campo a la ilustración del pueblo; celebró una magnífica velada en honor del malogrado Sacerdote Díaz, tan suntuosa y magna, que aún hoy se la menciona como edificante ejemplo de actos cultos. Y hay más, mucho más: *La Unión* celebró conferencias, *La Unión* publicó un periódico, con ese mismo título, redactado por el elemento joven; *La Unión* enalteció el recuerdo de muchos palmeros ilustres...

Decidme ahora: ¿es aquella juventud de ayer igual a la de hoy? No, no. Ellos merecen la gratitud de la patria y el juicio benévolo de la historia; a nosotros, mañana, nos aguarda distante, para abochornarnos, la nube de la diatriba y la espada de la censura.

Don Francisco Abreu ocupó cargos importantes en el seno de *La Unión*. El fué uno de sus más esforzados paladines junto a muchos que ya han pasado y a otros que viven aureolados por la corona del mérito: Don Antonino Pestana, Don Pedro Poggio y Alvarez, Don Antonio Cabrera, Don Pedro J. de las Casas, Don Francisco Cosmelli, Don Eugenio Abreu, etc.

Y sin embargo, ninguno de estos esfuerzos laudables impedía que fuesen buenos y aprovechados estudiantes del Colegio de Santa Catalina de esta ciudad, que no ha sido manantial de analfabetos, como alguien injustamente ha dicho, sino perenne fuente de la ilustración palmera. Casi todos los que en la Palma ostentan un título académico son hijos intelectuales de ese provechoso Centro de cultura.

En él ingresó Don Francisco el año 76, aprobando con notas de sobresaliente los cuatro primeros años del

bachillerato. El último lo cursó en la Laguna, graduándose allí de bachiller. En las aulas dejó recuerdos gratísimos de su talento y aplicación.

Aquí, para coronar este primer período de su juventud, transcribiré dos de las muchas anécdotas de su vida, que me han referido amigos del ilustre palmero.

Publicándose el periódico *La Unión*, citado ya, escribían en colaboración una novela, para el folletín de dicho periódico, dos distinguidos jóvenes. Para imprimirle un desenlace dramático pensaban los noveles autores matar a la hermosa protagonista de la obra.

Don Francisco que estaba interesado en aquellos capítulos, al enterarse del pensamiento de los autores, rogó, suplicó por la vida de la bella ficción novelesca, y al ver la esterilidad de sus palabras, apeló al metal de su bolsillo, ofreciendo cerveza, mucha cerveza, a cambio de que la protagonista viviese. Y vivió, vaya si vivió!..... ¿Verdad que hay algo espiritual y noble en esa débil sentimentalidad?....

Una cosa inspiraba risa a este joven distinguido. ¿Cuál es?.... Sé que no váis a creerlo; pero es verdad. La política. Elecciones, eran para él sainete grotesco; crisis, una comedia insustancial. La política, si, casi le inspiraba odio.

Alma santa, alma buena, ¿porqué no conservaste siempre como coraza impenetrable a toda insinuaciónese odio altivo de la primera juventud?....

El amor a la patria en que hemos nacido es una cosa tan evidente como el amor a nuestra madre. El cielo de la patria parece nos imprime al nacer un beso inmortal en la frente. Ya en posesión de su título de bachiller en ciencias y letras, Abreu y García necesitaba abandonar con pena el terruño para marchar, como tantos otros, a la conquista del porvenir en las aulas de la Universidad.

Corría el año 82. Siempre dejan estos días solemnes una huella imborrable en el espíritu del hombre. Por primera vez iba a alejarse por mucho tiempo de las plácidas riberas, de las amadas montañas del terruño; a perder de vista el cielo feliz de las Afortunadas queridas.

¿Hay emoción comparable a esta emoción de despedida que hiere en mitad de la frente y en mitad del corazón?... Hay cierta época en que esta emoción es más intensa, porque creemos imposible nuestra vida lejos de la patria, lejos de la madre que nos dá calor, de la joven que amamos, del amigo que comparte nuestras penas.... Con este primer sentimiento de la juventud, Don Francisco, amante de la patria y del hogar, entregó a las mordeduras del dolor un pedazo del corazón.

Pecaría de supérfluo si fuese a referir al lector detalles insignificantes de su vida durante los dos años que estudió en Sevilla, como alumno de aquella facultad de Medicina.

Baste saber que en la hermosa capital andaluza, en la tierra clásica del buen humor que tantas distracciones ofrece, fué tal la aplicación de Abreu, que un viejo profesor de Patología, muy severo y respetable, encanecido en la enseñanza, le tributó muchos elogios, haciéndole objeto de merecidas distinciones.

Al terminar brillantemente el segundo año de la carrera trasladó la matrícula de Sevilla a la Universidad Central.

Allí, en el mismo corazón de España, luchando contra el pernicioso privilegio de la influencia, ganó en reñidas oposiciones una plaza de alumno interno del Hospital de San Carlos.

La vida del estudiante está erizada de peripecias; pero son conocidas, vulgares... Yo las omito aquí. En exámenes de prueba de curso obtuvo siempre envidiables notas; en la sala de Disección era a todos preferido por su habilidad y maestría para el manejo del bisturí.

En la Universidad Central obtuvo el título de Licenciado en Medicina y Cirujía el año 1890.

Aquí empieza la parte más interesante de su vida.

Siempre es grato, aunque sea después de corta ausencia, pisar de nuevo las riberas patrias. El cielo azul de la tierra querida parece nos sonríe más alegre y seductor; el tinte opaco de las montañas adustas toma a nuestra vista tonalidades diversas..... La alegría nos invade... Nuestros ojos, humedecidos por las lágrimas, atisban curiosos desde la cubierta del buque la playa cercana, cuyas múltiples arenillas brillan como puntos luminosos bajo la llama caliginosa del sol.

Aquí nos sonríe un amigo, allí miramos que se acerca un rostro familiar....

— ¡Bien venido, bien venido!...

¿Para qué reconstruir esta escena que casi al diario se repite? Mi objeto es otro. Quiero tan sólo decir que la satisfacción al tornar a la patria es mucho más grande, más intensa y duradera, cuando se llega joven, regocijado, triunfante, sin máculas en la frente, con un título de licenciado en el bolsillo, lleno de ilusiones y halagadoras esperanzas que anhelamos ver trocadas en hermosas realidades.

Esa satisfacción Don Francisco la experimentó en toda su intensidad. Es natural: regresaba joven, satisfecho, licenciado en medicina.

Lo más selecto y culto de nuestra sociedad le recibió en su seno con entusiasmo y cariño; los pobres, los espíritus doloridos, las almas tristes y sujetas a la cadena de una labor constante, saludaron al joven médico con humilde respeto.

No tardó él mucho tiempo en responder dignamente a esos saludos, demostrando que era merecedor de ellos. Pronto, muy pronto, se dieron á conocer los humanita-

me he propuesto dar a estas líneas, yo no estudiaría a este hombre admirable en su vida política. El arte pomposo de gobernar los pueblos, a que dedican sus afanes sabios pensadores y eminentes jurisconsultos, se convierte desgraciadamente en las poblaciones cortas, en lucha infame de odios, rencillas y venganzas personales. Casi no hay lucha de partido a partido, sino de hombre a hombre. No hay en los pueblos, sujetos al carro odioso de ridículos atavismos, política sana, de ideales, sino de conveniencia. La finalidad de las agrupaciones políticas no es el bien público, sino la ambición particular; no hay desinterés, no hay sacrificio, no hay abnegación en holocausto de la patria.

El siglo XX, con sus luces y sus clarines civilizadores, no ha penetrado en este ambiente político de los pueblos pequeños. Poco importa que los Jefes tengan el concepto de la justicia y la honradez... Eso, ¿qué más dá...? En la Palma—vergüenza y dolor dá decirlo—si alguien, en el campo encenagado de la política, pretende mantenerse firme en un punto, inflexible a toda petición que no esté dentro de la esfera del bien, cae, cae del pedestal de su influencia, falto de arraigo y apoyo... Los Jefes de partido constantemente se ven en la necesidad de halagar a éste, conformar al otro, convencer a aquel... En ocasiones se sacrifica una necesidad colectiva para proporcionar un empleo a Fulano o a Zutano. ¡Y cómo nó?... ¡Si Fulano y Zutano significan quince o veinte votos! En caso de no complacerles, como no hay convicciones, van derechos a engrosar las filas del enemigo temible.

Y de esta desmoralización sin nombre, yo no creo que sean únicos responsables los Jefes—que Jefes honrados han existido y existen—sino el pueblo, la masa torpe e ignara. Ellos, siendo los mayores culpables, son los primeros en censurar este estado de cosas. El pueblo, (gran parte del pueblo se entiende, porque en las afirmacio-

nes absolutas entra mucho de exageración, no lee la prensa política cuando se dedica tranquilamente a la defensa de respetables ideas, sino cuando, sumida en la abyección, combate con las armas despreciables del insulto y la calumnia. Y sin embargo, de los labios de este ignorante, de la boca de este analfabeto, partidario decidido del lenguaje repulsivo en la prensa, no salen las palabras "reivindicación y libertad"... ¡Sarcasmo inaudito!...

Son los primeros en suspirar por un partido político inflexible y patriota y los primeros en entregarse exánimes y maniatados en brazos del que ofrezca más dinero o brinde más favores. Sí: éstos que hablan mucho y leen poco son los mayores responsables de la desmoralización política; éstos que, sin entender de nada, con ínfulas de salvadores y redentores del pueblo, pasan horas y horas, criticando exaltados manejos políticos. ¿Serán ellos capaces de integrar un buen partido en la amplia acepción de la palabra?.. ¡Cál!... Son los primeros en solicitar favores políticos; los primeros en apoyar y encubrir ilegalidades absurdas.

¡Una agrupación justa y honrada!.. Si no hay número suficiente de justos y honrados que la integren; si el pueblo, la masa, que constituye el nervio, la fuerza de una colectividad, se revuelca en el piélagos de afrentosa ignorancia....

¡Pobre D. Francisco!... El reunía en su alma todas las virtudes y pudo presidir un partido sin mancha; pero ¿de qué gente disponía? Tuvo—y hay que decirlo forzosamente, en honor de la justicia y la verdad—muchos y buenos amigos sinceros, que le seguían atendiendo la honradez de sus nobles intenciones... ¿Los demás?.. ¡Vaya!.. Estultos, sin criterio, pobres girasoles, infelices veletas incansables....

Vosotros, los que fuistéis amigos verdad del hombre sin tacha de nuestra época; los que le seguistéis con fidelidad en vida y le acompañastéis llenos de amargura

hasta la tumba, decidme sin tapujos: ¿no es verdad que él jamás apoyó bajezas políticas?, ¿no es verdad que odiaba la lucha personal? ¿no es verdad que guardaba en su corazón arraigados sentimientos liberales y democráticos a los que rendía ferviente culto?

El fué bueno, tan bueno, que no merece la pena para conocerle y admirarle, su vida política. Tuvo méritos más grandes, virtudes más elevadas que la de haber dirigido los liberales dinásticos en esta isla...

Por lo que la política es en sí, en los pueblos pequeños, es por lo que dije antes y repito aquí, que no quiero estudiarle en esa esfera; pero no hay remedio. Estoy biografiando, y él dedicó a élla, mucho de su tiempo. Paso por alto las minuciosidades triviales: Fué candidato a diputado a Córtes, obteniendo el número de votos suficiente para adquirir el derecho de penetrar en los Colegios electorales; fué Jefe, como ya he indicado, del partido liberal dinástico, Diputado provincial, etc.

Su partido—conste desde luego que yo no creo en la pureza de los partidos—moralizó en parte la administración en esta ciudad; mejoras de innegable importancia se deben a la política del Sr. Abreu, que supo llevar a los escaños municipales hombres honrados.

Dentro de algunos años, cuando se eduquen las masas, cuando se ilustre el pueblo; cuando en el interior de nuestro cerebro, tengamos todos la suficiente capacidad para hacer un exámen de conciencia y merced a ese exámen, sacar la conclusión de que nuestro exclusivismo ha muerto; cuando tengamos la dignidad y la entereza necesarias para jurar que queremos la felicidad completa del pueblo, y nunca, jamás contra esa felicidad llevaremos a cabo, no ya un acto en la realidad y en la vida, pero ni siquiera un voto en los deseos internos del alma; cuando tengamos elevación de espíritu bastante para sobreponernos a la reciprocidad de odios que las luchas

políticas engendran y podemos abrazarnos como hermanos los más furibundos adversarios ante la misma finalidad que todos perseguimos, el bien general; entonces, cuando esto ocurra, aunque no es fácil señalarle sucesores, puede surgir, rodeado de esplendor, otro Francisco Abreu, para que acaudille el partido justo y honrado.

Durante largos años, con cortos intervalos, desempeñó gratuitamente las plazas de Director médico del Hospital de Dolores y de la Cuna de Expósitos de esta ciudad.

En el Hospital se distinguió notablemente como médico cirujano peritísimo y como hombre honrado de delicados sentimientos.

Allí, practicó con éxito la primera operación de Parotomía en la Palma y la primera en Canarias.

Llevó a feliz término además, obariotomías, tallas hipogástricas y laterales, toraxentesis, cataratas., etc, etc.

En el Hospital vivirá eternamente el recuerdo del bienhechor facultativo. Diríase que en aquel templo de cristiana misericordia; en la magna paz de aquel ambiente triste, entre los lechos olvidados, vive, sí, el recuerdo de sus palabras y sus pasos, de sus risas y sus tristezas, algo de su vida y su alma. Yo, al penetrar en sus amplias galerías, os lo aseguro, creo percibir una voz amada, como si en la soledad y en el silencio latiese el espíritu del que se fué.... Y quieto, abstraído, como sugestionado por el misterio de hondo reposo que flota en el aire, me parece contemplar una sombra que forja mi loca imaginación... Allí debe estar él... Pero no como sombra errante que los soñadores fingimos, sino en la sala principal, en un cuadro al óleo, junto a los benefactores del Asilo. ¿Acaso el Ayuntamiento de esta Ciudad no le concedió el honroso y merecidísimo título de Benefactor del Hospi-

tal de Dolores? ¿No merece esto y mucho más que esto, el que no conforme con renunciar en beneficio del Asilo su sueldo de muchos años, le donara, además, un Censo de su propiedad?

Allí derramó su ciencia, y su dinero a manos llenas.

El ditirambo y el elogio serían aquí pálido reflejo de la realidad.

La salud de Don Francisco fué poco a poco quebratándose años antes de su muerte.

Su corazón, aquel generoso corazón que cuanto más implacablemente herido por la desgracia, más suaves fragancias derramaba; aquel corazón pronto siempre a abrigar sublimes principios de bien y misericordia; aquel corazón enriquecido con tesoros inagotables de amor, que se trocaban en perdón para la ofensa, en clemencia para el enemigo, en piedad para el caído y en lágrimas para los dolores ajenos; aquel corazón magnánimo que hacía de la caridad el gran foco de calor divino que funde las asperezas de la materia en el crisol del espiritualismo altísimo, hondamente enfermo se negaba a latir lleno de vigor, con la isócrona regularidad del péndulo.... ¡Estaba herido; pero herido de muerte!...

En Julio de 1912, fatigado, combatido por el tedio, Don Francisco huyendo de los rigores de la estación abandonó la ciudad, trasladándose a su quinta *El Brezal*, ansioso de respirar los saludables aires de Breña-alta.... Allí, entre las exalaciones aromosas que cargan el aire vigorizando la vida y enardecendo la sangre; ante la solemnidad augusta de los bosques, y el rocicler de la mañana y la altivez de las palmeras, y el concierto de las aves y las maravillas de colores y de luz que pinta en los cielos azules la magnificencia de un día de verano; ante las ingravídas montañas, donde cantan las zagalas bulliciosas y pastan las cabras agrupadas, ante los tiestos de flores secas

por el ardor del verano; ante esta pomposa floración de belleza y de paz, frente a este espectáculo siempre nuevo de la Naturaleza, el corazón enfermo de Francisco Abreu dejó de latir para siempre.... Murió en pleno campo, a las 10 de la mañana del día 31 de Julio de 1912.

La triste noticia, con el pavor de lo trágico, circuló rápidamente por esta capital, dibujando una expresión de tristeza en todos los semblantes.

Por la noche fué trasladado en hombros hasta su casa de esta ciudad, descansando su cuerpo en suntuosa capilla ardiente.

¡Escena aquella, por lo imponente inolvidable, la del féretro avanzando a las once de una noche triste, por la soledad de nuestra carretera polvorienta!!.. ¡Qué de hombres se disputaban el honor de cargar unos momentos aquel cadáver! Yo tuve ocasión de presenciar esta escena, humedecidos los ojos por las lágrimas....

Al siguiente día se celebró el entierro. No se recuerda una manifestación de duelo en la Palma, más numerosa... Lanzando penosamente suspiros prolongados, hijos de la tristeza que denuncia el pesar supremo y la derrota de la esperanza, le acompañaban autoridades, corporaciones, sociedades, amigos de su infancia, ¡todo un pueblo agradecido!...

.....
¡Sombra adorada!....

Tú brillaste en el proscenio de nuestros hombres ilustres; tú ascendiste de anhelo en anhelo, de esperanza en esperanza, de perfección en perfección hasta la cúspide del renombre patrio; tú no fuiste tan solo el político, luchador infatigable, el hombre de ciencia, sino el apóstol que enseña con su ejemplo la doctrina del amor, como el más apropiado concepto de la religión que fundara el Mártir que por amor vino y por amor murió; sí, en esa tu alma de apóstol, hubieron expansiones exquisitas,

hermosísimos pensamientos de idealidad, conceptos generosos que parecen quimeras en la vida práctica del mundo....

¡Sombra adorada!...

Tú mereces, por cuanto fuiste, la estatua que te proyecta erigir tu patria.

.....¡Ah!...Dejad que me complazca adivinando el porvenir....

....Yo espero que se dé cima a esta grande y generosa idea: ¡la estatua!... ¡Oh, que gran visión!... Todos confundidos en torno de la piedra o el bronce que recuerde tu existencia, un pueblo emocionado ante el pedestal de tu estatua,—¡oh, sombra querida!—pronunciando palabras de cariño, dirigiendo expresiones de afecto, consagrando votos de amor, tributando homenaje de respetuosa admiración y reverente gratitud a aquel que un día brilló por su talento, por su sólido saber, por su fecunda erudición, por sus altas virtudes....

Levantemos la estatua por el sentimiento de justicia que magnifica el espíritu; por la gratitud que ennoblece el alma... Demos la bendición de la vida real a este precioso pensamiento.... Levantemos la estatua, que será siempre nueva, como la azulada montaña que se eleva al cielo no amenazadora como el rayo sino prometedora como un cúmulo de fecundidad, en ejemplo de virtudes, para que en élla se posen con embeleso, sin cansarse jamás, nuestras miradas y las de nuestros hijos....

